Finis Austriae

Por el Profesor Dr. Ernesto J. Werder
de la Universidad de Costa Rica

> La fuerza siempre ha sido pasajera, mientras la verdad tiene su estatua en el cielo y su pedestal abarca toda la tierra del mundo.
>
> MASARYK.

A pesar de haber sido las Américas gobernadas en tiempos de antaño por miembros de la casa de Austria y aún reuniendo uno de ellos, Carlos V, en sus manos la corona imperial y la de España, el país en cuya historia e importancia dentro del concierto de los pueblos, menos nos hemos fijado en nuestro Continente, quizás sea Austria.

Probablemente habrá que buscar la razón de este fenómeno en las grandes dificultades que se oponen al tratar la historia de esta tierra que ocupa el segundo lugar, en cuanto a su extensión y el tercero en cuanto a población en Europa. El imperio de Austria no se formó sobre una base nacional unitaria, sino que era un edificio artificial, el resultado de actividades aferradas de su dinastía, continuadas durante muchos siglos. Lograron los Habsburgos unir sus territorios con los de sus vecinos no germánicos cuando éstos ya no se veían capaces de cumplir con su tarea política. La posición de los miembros de la casa de Austria era distinta por fuera y por dentro según y conforme se presentaban como reyes de Hungría o de Bohemia, o bien, como archiduques de Austria. Como reyes de Hungría, eran frente al Imperio alemán monarcas de un Estado independiente; como reyes de Bohemia, príncipes electores alemanes privilegiados por la Bula de Oro.

La historia de Austria, pues, más bien que la historia de un pueblo o de un país es la de un Estado. El núcleo de este era el ducado de Austria, que formado en el año 1156, supo ya, bajo los Pabenbergos incorporarse la Estiria, los territorios de la corona Voralberg y el Tirol; Carintia, Istria, Trieste, y Craina, fueron adquiridos en el siglo XIV. Siguieron Bohemia, Moravia, Silesia, Hungría, Croacia, Eslavonia; en 1696 la Transilvania, Galicia y Bucovina (1772-1795), Dalmacia y Venecia, Salzburgo (1816) y por fin en 1908 Bosnia y la Herzegovina. Los países más ricos en el campo de cultivo son Moravia, Bohemia y Silesia, los más pobres el Tirol y el Salzburgo. Muchos veían el único lazo de unión entre estas vastas provincias pobladas por naciones tan distintas, en la casa reinante. Pero opinamos, que Austria más bien era y es una necesidad. En el imperio de los Habsburgo vivían rutenos, poloneses, checos, eslovacos, eslovenos, croatas, servios, húngaros, italianos, rumanos, turcos, judíos y alemanes. Sólo once millones de alemanes, mientras que cuarenta y cinco millones o sea el ochenta por ciento pertenecían a otras razas. Y esta minoría, más bien que alemanes,

fueron hombres de descendencia germano-céltica, que además habían mezclado en parte su sangre con la latina y eslava de sus vecinos. Apenas la mitad de este veinte por ciento de austriacos de habla alemana vivían en la vertiente septentrional de los Alpes y en la cuenca del Danubio, mientras que el resto se encontraba y se encuentra todavía disperso por las regiones eslavas y húngaras, especialmente en los territorios montañosos del Bohemerwald, las cordilleras del Riesen y del Erzgebirge, y los Sudetes.

No creemos que fuera únicamente la dinastía común la que durante tantos siglos pudo tener juntas a once naciones. Es cierto que no es posible formar una patria que no tenga unidad de lenguaje, pero las provincias austriacas son en realidad bilingües, es decir, practican sus moradores al lado de sus respectivos idiomas autóctonos y son diez—hasta Metternich el latín fué idioma oficial en los países de la corona de San Esteban—el alemán, que aprenden en la escuela y más tarde en el ejército. Viven los pueblos que forman el Estado Austriaco desde tiempos antiquísimos en las mismas regiones, y es la tierra de los abuelos que—como dice Antonio Caso—constituye, por invariable y austera, el elemento religioso del egoísmo nacional y su asiento perdurable. La historia de estos pueblos estriba en la adaptación humana, en el conocimiento de que la economía influye más en la convivencia de los hombres que factores meramente etnológicos. Y la perduración de Austria, es sin duda alguna, una exigencia económica.

No es viable una Austria del tamaño de la post-guerra con una capital que, representando un foco cultural de primer orden por la confluencia de varias civilizaciones y reflejando un carácter cosmopolita, tiene que albergar la tercera parte de los moradores del país y abastecerlos con una agricultura que apenas puede suministrar una pequeña cuota de los productos alimenticios indispensables; tampoco son viables los así llamados Estados nacionales, creados por los tratados de paz del año 1918 que no son nacionales—en Checoeslovaquia y Yugoeslavia viven diez naciones—estranguladas por barreras arancelarias y cortadas de sus naturales campos de venta. Eso lo entendía ya hace un siglo el líder checo Havlicek, quien dijo: "El interés de los eslavos austriacos no consiste en separarse de Austria sino en llevar a sus connacionales a Austria". No se puede, como lo pretendía Gobineau, explicar la historia únicamente por la idea de la raza.

Han sido en primer lugar, razones de índole económica y social las que dieron impulso a la unificación y al espíritu de liberación de los eslavos sureños, que al fin condujo al derrumbamiento de la vetusta monarquía. Ya en el siglo nueve los eslovenos habían caído bajo el dominio teutónico que hizo tributarios a los campesinos eslavos. Durante mil años este pueblo no participó en la vida del Estado. La separación nacional era en realidad una separación en clases sociales. Los croatas nobles se entregaron a la poderosa nobleza húngara para defender sus privilegios contra el absolutismo de los Habsburgo. Así, el pueblo yugoeslavo fué sacrificado al feudalismo. El reino de Iliria, fundado por Napoleón, reunió por primera vez a eslovenos, dálmatos y croa-

tas en un Estado, librando a los campesinos de las cargas personales y las prestaciones vecinales e introduciendo el idioma eslavo en las escuelas. Este nuevo reino tuvo poca vida. Ya cuatro años más tarde se restableció el régimen anterior. Pero el empuje siguió obrando; se formó una ortografía unitaria y una lengua servio-croata literaria común. A pesar de eso los croatas no pelearon durante la revolución húngara del año 1848 por su independencia, sino por la causa de los Habsburgo.

No fueron, pues, luchas propiamente separatistas para lograr la independencia nacional las que perturbaron en el último siglo la vida política de Austria, sino la oposición entre las ideas centralista y federal. De ambos lados se encontraban austro-alemanes. Pero mientras que la burguesía creía su deber defender la unidad del Estado contra la descomposición federal, el clero, las burguesías checa y yugoeslava lucharon en favor de la federalización de Austria. Temían los eslavos del Sur la opresión húngara, los checos a su poderoso vecino: Alemania. Todo señalaba a fines del siglo pasado la posibilidad de una solución feliz. Juntar todas las fuerzas del Imperio para la construcción de un gran Estado demócrata. Hasta el líder de la social democracia, Víctor Adler, el asesino del conde Stuergk, por cierto no amigo de la dinastía, declaró ante el congreso socialista internacional, celebrado en 1891 en Bruselas, que Austria, fuera de Inglaterra y Suiza, tenía la mejor legislación social en el mundo. Fué completada la democratización del Imperio en el año 1907 cuando, gracias a la influencia personal de Francisco José, se introdujo el sufragio universal.

Mientras tanto, en 1903, se había realizado en el pequeño reino de Servia una revolución militar. Después de haber sido asesinados Alejandro y Draga, Pedro Karageorgjevich fué electo rey. El nuevo régimen intentó libertar el país de la dependencia austriaca. Así empezó el conflicto de la monarquía de los Habsburgo, que sólo quiso renovar el tratado comercial bajo la condición del cierre de la importación de ganado y de exclusividad para la adquisición de materiales ferroviarios y bélicos. Con la rehusación de estas reclamaciones por parte de Servia, empezó la guerra aduanera, punto de partida de la primera guerra mundial que para los servios, que dos años antes en la campaña de los Balkanes habían librado a sus connacionales del yugo turco y que ahora esperaron unirse con los eslavos sureños en Austria, significaba una revolución nacional y social. No lo significaba para las demás naciones del Imperio, todavía leales a la idea de unidad y que en su mayoría pensaban como el héroe nacional checo, Carlos Kramav, según el cual una Austria sana y fuerte formaba la mejor garantía para el futuro del pueblo checo.

Vino a cambiar la situación por entero cuando las bayonetas de los austriacos latinos, eslavos y húngaros fueron puestas bajo comando alemán, cuando el canciller del Reich habló de la lucha del germanismo contra el eslavismo. ¿Cómo esperar de las minorías checas, eslovacas, croatas, rutenas y polacas bajo estas circunstancias, una colaboración?

En cuanto a los austro-alemanes podemos notar ya, desde hace siglos, una mezcla un poco rara de elementos austriacos y germánicos; hablaban el alemán, aunque otro alemán que en Prusia, el alemán dulce del Sur cuyo timbre recuerda las lenguas latinas y desarrollaron una peculiar cultura alemana, pero se sentían austriacos y no alemanes. Especialmente el patriarcado de Viena, centro de variado intercambio, donde los dogmas se destruyeron los unos a los otros; gran parte de la clase media y de la pequeña burguesía que durante siglos había proporcionado a la monarquía habsburga sus oficiales y funcionarios, que habían representado la específica cultura, literatura y música vienesa formaban el baluarte de un patriotismo netamente austriaco.

Lammasch que presidió el último gabinete imperial, declaró durante la guerra, a un político norteamericano, que los Estados Unidos tendrían que salvar a Austria de la hegemonía prusiana. La misma dinastía no sentía simpatía por Alemania. La última emperatriz, Zita de Parma-Borbón, educada en tradiciones francesas, aborrecía a los teutones. El emperador Carlos quiso firmar una paz por separado con los aliados pero temía una invasión de las tropas germánicas. De todos modos declaró ya, en el mes de mayo del año 1917 por medio de su cuñado el príncipe Sixto, oficial en los ejércitos de la Entente, sus simpatías "al valiente ejército francés" y al presidente Poincaré "que apoyaría con todos los medios la justa demanda de Francia sobre Alsacia-Lorena". Su ministro, el conde Czernin, ofreció al Reich dos veces la Galicia austriaca para inducirle a ceder estas dos provincias a Francia. Todos los patriotas compartían el modo de pensar del emperador; se dieron perfectamente cuenta que sólo una separación completa de Alemania, adonde Bismarck había transferido siete décadas antes el centro de Europa, la paz con los aliados y la transformación de la monarquía en un Estado federal, podrían salvar el Imperio.

Pero entonces empezó el grande, el histórico error de la izquierda, del partido austro-marxista, que no solamente confirmó la suerte del Imperio de los Habsburgo, sino que ya en el momento mismo de la derrota de Alemania colocó la primera piedra para la restauración del poder del Reich, abriendo el paso a la barbarie. No comprendieron los marxistas que en su fanatismo se creían en posesión de la fórmula única para redimir a la humanidad, el verdadero papel del imperio de Austria que se basaba en la idea romana del Estado indivisible, indispensable para defender el equilibrio europeo frente a las ambiciones prusianas. A pesar de su impotencia—y hasta puede decirse que en parte a causa de su impotencia—la política de la vieja Austria cuyo único pecado consiste en haber dejado sin resolver el problema nacional, fué provechosa al mundo. Cristóbal Colón, que quería llegar a las Indias, encontró a América en su camino; el marxismo austriaco esperando alcanzar el espejismo de una gran república socialista, a... Hitler.

Dice Guillermo Ferrero que en historia siempre es cosa muy temeraria el querer decir lo que hubiese ocurrido cuando ya es tan difícil explicar lo

que ha ocurrido. Sin embargo, parece permitido suponer que Austria hubiera podido ser salvada aún en el año 1918 si los social-demócratas en unión con la burguesía pacifista, tolerante respecto del pensamiento ajeno, gracias a cierta dosis de excepticismo, se hubieran opuesto al partido nacional-alemán que todavía creía en la victoria del Reich. Este partido se había formado a fines del siglo pasado por elementos burgueses austro-alemanes, los cuales, convencidos de no poder ejercer el predominio sobre sus conciudadanos eslavos y, como liberales, opuestos a las tendencias católicas del gobierno, se constituyeron en una especie de "irredenta". Y pronto se identificó el marxismo con el punto cardinal del programa de esta agrupación, la unión del Austria alemana con Alemania. Más amplitud de vista demostró Renner, un líder socialista moderado, que trabajaba en favor de una confederación de las naciones austriacas. Declaró, todavía durante la guerra mundial: "La superioridad del gran Estado "sobrenacional" dominando los pequeños Estados nacionales, el interés de todos los pueblos de la monarquía de los Habsburgo en una comunidad económica ya han sido decididos por el fallo de la historia."

El 3 de octubre de 1918 el club austro-alemán-socialista pidió la unión de todas las regiones de habla alemana de la monarquía en un Estado austro-alemán que "regularizaría sus relaciones con respecto a las demás naciones austriacas y al Reich, según sus propias necesidades". Así se dió el primer paso hasta el "Anschluss". Diez días más tarde Otto Bauer, el hombre con las dos manos izquierdas, como Seipel dijo irónicamente, empezó a publicar en la "Arbeiterzeitung", órgano oficial de la Social-democracia, una serie de artículos por los que propagó la idea de la unión con Alemania. La masa obrera era desafecta a estos planes; aún tenía presente el imperialismo alemán, el que durante la guerra había conocido en toda su brutalidad. A pesar de eso y por la razón de que en el mes de noviembre un gobierno socialista había llegado al poder en el Reich los representantes del marxismo en el consejo del Estado de Austria pidieron la proclamación del "Anschluss". La revolución social se tornó en revolución nacional. La asamblea provisional nacional declaró:: "Austria forma parte de la república alemana".

Se creía entonces, en la atmósfera de la derrota, en la revolución mundial, en la dictadura del proletariado. Ya en febrero de 1919, en las primeras elecciones de la joven república, que apenas contaba con la octava parte de la población de la desaparecida monarquía, el marxismo sólo obtuvo 69 de las 159 curules. Empezó un gobierno de coalición, formado por socialistas y cristiano-sociales, de tendencias neó-escolásticas. Los primeros, habiéndose apoderado en mayo los comunistas del poder en Hungría, les concedieron toda clase de apoyo hasta que intervino la Entente. Más tarde esta se vió obligada a entrometerse también en la cuestión del "Anchluss". Por el artículo 188 del tratado de paz de Saint Germain, Austria tuvo que comprometerse a tener que considerar su independencia como inalienable, hasta que le fuera concedida la unión con Alemania por el Consejo de la Sociedad de

Naciones. Sería injusto hablar de una determinante forzosamente impuesta. Según Tardieu, los Estados Unidos y la Gran Bretaña discutían titubeando, significando estar indecisos durante tres meses ante este problema; fué Francia la que opinaba en favor de la separación de Austria y Alemania, participando de este mismo punto de vista la mayoría del pueblo austriaco, por lo que apoyó esta tesis. Con razón temía la burguesía ser atacada por las conmociones sociales de Alemania, la competencia industrial del Reich y la ruina de las antiguas tradiciones austriacas. Se fortalecieron las antipatías innatas contra el modo de ser prusiano, contra el carácter nórdico-alemán. En la provincia de Vorarlberg se efectuó un plebiscito; ni veinte por ciento de la población votó en favor del "Anschluss". No faltan voces de historiadores que como H. G. Wells protestan contra "esta violación del derecho de autodeterminación", o los que juzgan "natural y apropiado que Austria se una con Alemania". A nosotros, más bien, nos parece natural dejar entregada Austria a sí misma, a su cultura superior que nada tiene que ver con el concepto de Nietzsche, enunciado en "Sangre, Voluptuosidad y Muerte" según el cual toda cultura está hecha de crueldad—decía ya Cicerón que no hay nada tan absurdo que no se pueda hallar en los libros de los filósofos—y a su naturaleza profunda que es a la vez germánica y céltica, en lugar de entregarla a la Alemania que siguió a Atila, que destruyó a Milán porque era hermosa, a esta Alemania que se embriaga con su bravura cruel.

La Grecia verdadera fué Atenas; la ciudad de Platón y de Praxíteles y no Esparta con sus gimnasios. Abandonar la ventusta Viena celto-romana, cristiana ya en el siglo III a Berlín equivaldría a la negación de este concepto.

Los marxistas austriacos, disponiendo de líderes que indudablemente han tenido toda especie de sabiduría, excepto el sentido común, siguieron con su funesta política equivocada. Por razones ideológicas, especialmente por haber fracasado su proyecto de Ley referente a una confiscación parcial del capital, renunciaron ya en 1920 a su colaboración en el gobierno. Muchas veces les fué ofrecida después una coalición con los cristiano-sociales. En balde. No aceptaron. No se pueden negar los grandes méritos de la izquierda que restauró la política del gran burgomaestre católico Lueger en el dominio social. Hay que adherirse a la opinión de un observador tan imparcial como lo es el capitán T . T. Gregory de la "American Relief Administration" que declara que Otto Bauer, presidente de la comisión de socialización, era uno de los austriacos más capaces y hábiles. Otto Gloeckel reformó la enseñanza según los principios y métodos más modernos. Se prohibe el trabajo nocturno de las mujeres y los menores de edad. Los hombres de confianza de los sindicatos, fueron legalmente reconocidos como consejeros de toda clase de empresas y en esta calidad estaban autorizados para hacer valer los intereses económicos, sociales y culturales de los empleados y obreros. Ya, en 1919, se introdujo la jornada de ocho horas de trabajo y el derecho de los obreros a vacaciones pagadas. Muchos aprovecharon estas horas de ocio para plantar hortalizas, con casitas en las orillas de la ciudad. Eso dió, poco

a poco, origen a la edificación de un sinnúmero de viviendas para familias con la ayuda de cooperativas colonizadoras. Así se contrarrestaron en parte las grandes desventajas y dificultades que nacen del sistema moderno de la división del trabajo. Evitábase el que se criara una generación homogéneamente desarrollada, que a consecuencia de un perpetuo y monótono trabajo, se expone a lesionar y entorpecer sus capacidades espirituales o bien sus órganos de actividad y movimiento.

La falta de unidad nacional y de clases facilitó, por supuesto, la tarea trapisondista nazi. Los últimos gobiernos austriacos tuvieron así que luchar contra agitaciones subterráneas de la derecha y de la izquierda—los motines de 1927 conmovieron la capital que, gracias a la energía del gobierno, pudo librarse del peligro comunista—y el trágico error del canciller Dolfuss consistió, precisamente, en haber sobreestimado el ulterior, y menospreciado el primer movimiento. A pesar de todas estas equivaciones, nunca hubiera podido realizarse el "Anschluss" sin los tanques y ametralladoras de Hitler, fiel intérprete de las ideas de Nietzsche que define la moralidad como invención de los débiles para contener y ablandar a los fuertes y que juzga el poder como la virtud suprema del hombre. Unos días antes de la ocupación alemana, se celebraron todavía enormes manifestaciones en favor de Schusnigg, especialmente en Salzburgo, Klagenfurt e Innsbruck. El jueves, 10 de mayo de 1938, el canciller convocó un plebiscito para el próximo domingo para que el pueblo decidiera libremente si apoyaba la política del Gobierno en favor de la independencia de la Nación. Los nazis en Austria se dieron perfectamente cuenta de que éste les sería desfavorable. Así, Alemania envió al día siguiente un ultimátum al gobierno de Viena para obligar a renunciar a Schuschnigg y sustituirlo con otro que fuera del agrado de Berlín, apoyando esta actividad con una invasión militar. Schuschnigg cedió ante la fuerza bruta. "Que Dios proteja a Austria" fueron sus últimas palabras. Seyss Inquart, el Quisling Nº 1, jefe del nuevo gobierno provisional, pidió inmediatamente el envío de tropas alemanas. Era el fin de Austria que, a pesar de todo, hubiera podido ser salvada si se hubieran entendido mejor los partidos que representaban el campesinado y la burguesía por un lado y el proletariado por el otro.

La incorporación al Reich, en que siempre actuó según la frase de Stirner—"un puñado de poder es mejor que un saco de derecho"—fue completa. Destruída la antigua administración federal, el país fué dividido en siete "Reichsgaue" o sean distritos territoriales, gobernados por regentes directamente subordinados al gobierno de Berlín. No quedó del vetusto imperio o de la república que lo heredó, ni siquiera una unidad administrativa. Creemos, o mejor dicho, estamos compenetrados de la convicción de que Austria resurgirá, no para dominar el Universo, según la divisa A. E. I. O. U. inventada por Federico III, ni para ir tirando una vida sacudida por pasiones políticos, como en los últimos años, sino para formar parte de una federación democrática de los países centro-europeos cuyo establecimiento se

impone para la paz y el bienestar del Viejo Continente. La gran variedad, de naciones que pueblan estas regiones no son un impedimento. Esta guerra terminará con el imperialismo y el nacionalismo, con la idea de que el derecho, tal como está el mundo, sólo existe para los iguales en poder; que los fuertes, según las palabras que Tucídides atribuye a una legación ateniense, hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben. Se dará cuenta la humanidad de que todo nacimiento y origen se basa únicamente en la transformación de lo ya existente, es decir en el desarrollo que capacita al hombre para concebir su historia en la gran coherencia de los sucesos de la naturaleza, que proporcionan una comprensión más honda para todas las cosas humanas. Y quizás, no está lejos el día en que esta confederación del Danubio tendrá la gloriosa misión de constituir el primer eslabón de un Estado mundial, que juntando todos los conocimientos sobre el hombre, como ser social, en una unidad, aspire a escudriñar las leyes que dominan el desarrollo de la sociedad humana en un Estado de la Humanidad, como lo vaticinó Rogelio Bacon.

Fuentes:

Luschin von Ebengreuth, Grundiss der Oesterr. Reichsgeschichte, Otto Bauer, Die Oesterr. Revolution, Glaise Horstenau, Der Zusammenbruch, E. K Winter, Austria: Gúilt and virtue, David F. Strong, Austria. Transition from empire to Republic.

El bosque de robles

Por don Jorge León

De la Sección Botánica del Museo Nacional de Costa Rica

Los robles pertenecen al género Quercus de la familia de las Fagáceas que está extendida por todo el mundo.

Los nombres que se dan a las especies de este género son en todos los países los mismos. En España y en México se llama "Encina" a los árboles de follaje perenne, y se designa como "robles", a los deciduos. En Costa Rica se usan indistintamente ambos términos, pero se prefiere decir "encinal" en vez de "robledal" a las formaciones más o menos puras. Nuestro pueblo utiliza el roble en varias formas. Su madera es muy resistente y apreciada, pero el tamaño no permite obtener piezas grandes. En algunas partes los montañeses aprovechan la savia en tanino, que brota al hacer una incisión profunda en el tronco, y que se toma con el nombre de "vino de roble" para purificar o fortalecer la sangre. Un uso más generalizado en los últimos años y que ha llevado a la destrucción de áreas muy apreciables de robledales, es el aprovechamiento de sus maderas para hacer carbón. Así se han deforestado las vertientes de la Carpintera y cerros vecinos a Cartago; el Tablazo y Vara Blanca. En Dota, donde son tan abundantes los robles se encuentran verdaderos bosques artificiales, pues cortan las ramas más gruesas para hacer carbón, dejan el tronco que luego retoña vigorosamente y restaura el bosque para ser